

— ¡ Hombre cruel ! ¿ Qué canción ni qué historia recuerdan crueldad comparable á la suya ? ¡ Oh amor prodigado en vano ! ¡ Oh crueldad sin ejemplo ! ¡ Hombre despiadado ! Nada hay que la pobre Bibiana no hubiese hecho por ganar su confianza ; nada, por vergonzoso que fuese en apariencia , porque ¿ qué puede haber realmente vergonzoso cuando el amor es verdadero , y no como el vuestro ? No hay locura alguna que la desdichada Bibiana no hubiese hecho gozosa por ganar la confianza del que la ha llamado... del que le ha dado el nombre más injurioso que se puede dar á una mujer. ¿ Y todo por qué ? El único crimen de la infeliz ha sido su deseo de probarle , de saber que el que ama le pertenece enteramente.

*
* *

La joven meditó un instante ; luégo juntó las manos lanzando un penetrante chillido , y exclamó : — ¡ Herido el corazón en sus más caras afecciones ! ¡ Hervida como el cabrito en la leche de su propia madre ! ¡ Asesinada con una palabra peor que una vida entera de martirio incesante ! Creí que , siendo grande , sería también dulce y benigno... ¡ Oh Dios ! ¿ Por qué no he amado á un hombre más pequeño ? De seguro hubiese encontrado en él un corazón más grande. ¡ Ay de mí , que halagando mi profunda pasión , me deleitaba viendo á los caballeros , á la corte , al rey , oscurecidos y eclipsados por vos ! ¡ Ay de mí , que me complacía en hacer á los hombres peores que

lo que son , por el gran placer que tenía en colocaros solo , enteramente solo , sobre el pedestal que mi amor os había erigido , para adoraros en él eternamente ! Me habéis contestado ya ; y en adelante , el camino de la vida , que tan florido me parecía con vos , sólo con vos , por guía y maestro , será para mí la escabrosa senda que serpea sobre los peñascos á la orilla del mar , y que de pronto se encuentra interrumpida y rota por algún derrumbamiento ocasionado por las olas ; ya no me queda más que arrastrarme al fondo de alguna lóbrega caverna , y allí , si los lobos no me devoran , morir á fuerza de llorar , víctima de vuestra indecible dureza , de vuestro rigor sin ejemplo.

*
* *

Calló la joven , y alejándose un poquito , inclinó la cabeza sobre el pecho , como agobiada por el dolor. La culebra de oro que ceñía sus cabellos cayó al suelo , y soltándose la trenza , se desenroscó por completo. Bibiana rompió á llorar de nuevo , mientras que la selva se oscurecía más y más , pues ya la tempestad era inminente. El viejo en tanto sentía que su cólera se apagaba poco á poco , hasta que por fin la blandura de su corazón dió al traste con su cordura y su prudencia. Casi llegó á creer en la sinceridad de la joven , y compadecido de ella , la llamó para que fuera á guarecerse en el roble hueco. — Venid , — le dijo ; que va á estallar la tempestad. — Y como Bibiana no contestara , contempló él , penetrado de dolor ,

el palpitante seno, y el lloroso rostro que, como poseída de la más profunda aficción y de vergüenza, cubría ella en parte con sus hermosas manos. Luégo, sirviéndose de las más tiernas y conmovedoras frases, trató por tres veces de aquietar el encrespado mar de su corazón; pero fué en vano. Con todo, al fin ella se dejó vencer por el viejo, y del mismo modo que el pajarillo nacido y criado en una jaula vuelve voluntariamente á su prisión, fué otra vez á su antigua percha, y se instaló en ella. ¡Qué bien representó entonces la joven el papel de la doncella de tierno y sencillo corazón, oprimida bajo el peso de inmerecidos ultrajes! Sentada como antes sobre las rodillas, pero casi cayéndose de ellas, y con los ojos cerrados, no se sabe si de dolor ó de vergüenza, apoyaba su cabeza de diosa en el fornido pecho del anciano. Vió éste que una gruesa lágrima salía lentamente de entre los hermosos párpados, y entonces el benignísimo mago, más por bondad que por amor, rodeó con su brazo protector el escultórico cuerpo de la joven; pero ella desenlazándose al momento, se levantó y se puso en pié delante de él, en majestuosa actitud, con el rostro encendido y los brazos cruzados sobre el pecho, como una noble señora profundamente ultrajada. Y después de un instante de silencio, exclamó:

*
* * *

— Ahora, no debe haber ya nunca entre nosotros escenas de amor. Porque, si soy lo que groseramente me ha-



béis llamado, ¿qué puedo concederos que á vuestro tosco corazón le parezca digno de ser aceptado? Nada puedo ofreceros que merezca la pena de tomarlo. Me voy, pues. En verdad, sólo una cosa — mejor quisiera haber muerto tres veces que habéroslo pedido una sola vez — sólo una cosa podría ahora hacer que me quedara: esa prueba de confianza, tantas veces implorada en vano. Veo con pena, por la vil palabra que habéis pronunciado, cuanta razón tenía para dudar de vos, y para pedir os esa prueba de amor. Si me la concediéseis, podría tal vez — ¿quién sabe? — podría tal vez volver á creerlos. ¡Mirad! Lo que antes no era para mí más que un mero capricho, se ha trocado en imperiosa é imprescindible necesidad de mi corazón y de mi vida. ¡Adiós! No seáis demasiado severo al pensar en mí, pues temo que mi destino ó mi locura, que han hecho que por un hombre tan viejo desprecie la alegre juventud, quieren que os ame todavía. Pero, antes de dejaros, permitidme jurar una vez más que nada tramé contra vuestro reposo al pedir os que me enseñaseis el encanto; y si es que miento, ¡ojalá el justo cielo que me escucha y que tanto va ennegreciéndose, envíe un rayo que respetando todas las otras cosas, carbonice mi mañoso cerebro!

*
* *

Apenas había acabado de hablar cuando la tempestad estalló de una manera espantosa, y un rayo del cielo fué

á herir allí cerca un roble gigantesco, formando en su tronco profundos surcos, y sembrando el suelo de astillas. El mago alzó los ojos y vió el robusto tronco cuyos surcos brillaban en la oscuridad. Pero Bibiana, creyendo que el cielo había oído su juramento, y ofuscada por el espantoso relámpago, y ensordecida por el horrísono estrépito del trueno, corrió hácia el encantador, gritando: — ¡Oh Merlin, aunque no me amas, sálvame! Sálvame, Merlin! — Y la jóven se agarró á él, y le abrazó fuertemente, llamándole, casi muerta de miedo, su querido protector; pero sin que el miedo, le hiciese olvidar sus tretas y sus marrullerías, antes bien redoblándolas, y estrechando al viejo fuertemente entre sus brazos. La descolorida sangre del encantador tomó á su contacto más alegres colores, como el ópalo calentado. Ella se culpaba por haber repetido los cuentos y rumores que habían llegado á sus oídos; temblaba de miedo, y lloraba, y renegaba de su petulancia; le llamaba su señor y dueño, su profeta, su bardo, su argentada estrella de la tarde, su dios, su Merlin, el único apasionado amor de toda su vida, y mientras la tempestad seguía rugiendo sobre sus cabezas, y volaban en astillas las ramas de los árboles azotadas por el viento y por la lluvia que caía á torrentes; y los relámpagos se sucedían rápidamente, inundando de luz la oscura selva, é iluminando el venerable rostro de Merlin y el rostro bellísimo de la jóven, y retumbaba el trueno con estrépito ensordecedor; hasta que por fin, extinguida la fúria de la tempestad, dejó oír sus últimos rugidos, que más bien

parecían ya gemidos de dolor, y se alejó dejando en reposo la talada selva, y sucedió lo que no debía haber sucedido, pues Merlin, cansado de la charla de la joven y vencido por sus encantos, había cedido, le había dicho todo el hechizo, y se había dormido profundamente.

*
* *

Entonces ella, dando vueltas en torno del viejo, y moviendo las manos, y pronunciando las mágicas palabras, operó en un momento el terrible maleficio, y Merlin quedó en el hueco del árbol, como muerto y perdido para la vida, y para la actividad, y para la gloria.

*
* *

— Su ciencia y su renombre me pertenecen ya; — dijo entonces Bibiana. Luégo, gritando: — ¡Oh necio! ¡le he robado su gloria! — y volviendo á gritar: — ¡Oh necio! — la ramera corrió dando brincos por el bosque, y la espesura se cerró tras ella, y ¡necio! ¡necio! repitieron uno tras otro los ecos del bosque.

*
* *